

SOLEMNIDAD DE NAVIDAD - 2016

CICLO “A”

¡FELIZ Y SANTA NAVIDAD!

I.- MISA DE MEDIANOCHE

***Profeta Isaías 9, 1-3. 5-6.** “Un niño nos ha nacido. Un hijo se nos ha dado”. Él es “Consejero maravilloso y Príncipe de la paz”. La promesa hecha a David se cumple. La noticia más hermosa y gozosa que podíamos recibir. No se trata solo de algo emotivo, sentimental. En esta noche, se renueva el acontecimiento que siempre nos asombra y sorprende: un pueblo en camino ve una gran luz que nos invita a reflexionar en este misterio: misterio de amor, de gracia, de salvación.

***Salmo Responsorial 95.** Hoy nos ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Demos gracias a Dios por habernos dado a su Hijo. Acojámoslo con fe y alegría. Abrámosle las puertas de nuestro corazón y de nuestra historia para que entre y se quede para siempre con nosotros.

*** Carta de San Pablo a Tito 2,11-14.** Ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación a todos. Esa gracia de Dios es Jesús, nacido de María Virgen, Dios y hombre verdadero. Ha venido a nuestra historia, ha compartido nuestro camino. Ha venido para librarnos del pecado y darnos la luz. En Él ha aparecido la gracia, el amor, la misericordia, la ternura del Padre. El Hijo de Dios nace en Belén y nos llama a vivir en comunión con Él y con todos; algo debe cambiar en nosotros.

*** Evangelio según San Lucas 2,1-14.** Hoy nos ha nacido un Salvador. María da a luz a su hijo primogénito, lo envuelve en pañales y lo recuesta en un pesebre porque no había lugar para ellos en la posada. El ángel anuncia a los pastores: “os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor”. En esta noche santa han nacido el gozo y la alegría. Por eso con los ángeles cantamos: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que Dios ama”.

II.- MISA DE LA AURORA

***Profeta Isaías 62,11-12.** Mira a tu Salvador que llega. Vosotros seréis llamados: “Pueblo Santo”, “Rescatados de Yahvé”. Por el sacramento del Bautismo hemos sido hechos miembros del Pueblo santo de Dios que es profético, sacerdotal y real.

***Salmo Responsorial 96.** Hoy brillará una luz sobre nosotros porque hoy ha nacido el Señor. En las tinieblas del pecado y de la muerte en que vivíamos ha brillado la luz de Dios. Ya no somos hijos de las tinieblas sino hijos de la luz que nos ha traído Jesús.

***Carta de San Pablo a Tito 3,4-7.** En el nacimiento de Jesús se nos ha manifestado la bondad y el amor de Dios, pues nos ha salvado no por las obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del bautismo. Recordemos ahora unas palabras de San Juan: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (I Jn.3,16-17).

El Papa Francisco nos dice: “En Jesús ha aparecido la gracia, la misericordia, la ternura del Padre: Jesús es el Amor hecho carne. (...) Jesús es el sentido de la vida y de la historia que ha puesto su tienda entre nosotros” (Homilía. Misa de medianoche en la solemnidad del Nacimiento del Señor. 24-XII-2013).

***Evangelio según San Lucas 2,15-20.** Los pastores obedecen al Ángel que les ha anunciado el nacimiento del Mesías esperado y les ha dado un signo para reconocerlo: “encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Ellos dejan sus rebaños y se ponen en camino hacia Belén con gozo y esperanza. Llegan a la cueva y encuentran a María y a José, y al Niño acostado en el Pesebre. Vayamos también nosotros a Belén a toda prisa. Ofrezcamos al Niño Jesús nuestro ser, nuestra vida, nuestro trabajo, nuestro amor... Como los pastores también nosotros hemos de anunciar a Jesucristo a quienes no lo conocen todavía.

III.- MISA DEL DÍA

***Profeta Isaías 52,7-10.** ¡Qué hermosos son los sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva. Los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios. El Niño de Belén nos trae la paz y nos llama a construir la paz. Esta paz es paz con Dios, paz con nosotros mismos, paz con los demás. Os invito a pensar en los niños que son las víctimas más vulnerables de las guerras, y también en los ancianos solos, en las mujeres maltratadas, en los enfermos, en los desvalidos... Pidamos al Señor que convierta el corazón de los violentos a la paz y proteja a los que son víctimas de las persecuciones, de la violencia. De un modo especial pidamos al Señor por los que sufren persecución a causa de su Nombre.

***Salmo Responsorial 97.** Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Procuremos anunciar a Jesucristo a todos los seres humanos. No nos encerremos en nosotros mismos. Seamos una Iglesia evangelizada y evangelizadora; una Iglesia que sale a los caminos del mundo a anunciar al Señor; una Iglesia que sale a las periferias geográficas y existenciales a anunciar a Jesucristo.

***Carta a los Hebreos 1.1-6.** “En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por su Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. El sostiene el universo con su palabra poderosa”. Precioso texto que no nos cansamos nunca de recordar, meditar...

*** Evangelio según San Juan 1,1-18.** “En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la palabra era Dios. Y la palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”. Dios Hijo único que está en el seno del Padre, no ha dado a conocer a Dios”. El Papa Francisco nos dice: “No pasemos de largo ante el Niño de Belén. Dejemos que nuestro corazón se conmueva y se llene de la ternura de Dios. Las caricias de Dios no producen heridas sino que dan paz y fuerza. Tenemos necesidad de las caricias de Dios. Dejémonos conmover por la bondad de Dios” (Papa Francisco, ibd.)

REFLEXIONES EN TORNO AL MISTERIO DE LA NAVIDAD

*En esta noche santa nace Jesucristo, el Príncipe de la paz, el Salvador de la humanidad, la alegría para todos. ¡Alegraos, hermanos, porque Dios se ha hecho hombre en el seno virginal de María por obra y gracia del Espíritu Santo, ha nacido en Belén de María Virgen y vive entre nosotros y con nosotros! Él nos ama y viene a nuestro encuentro.

*En esta noche santa, Dios se acerca a nosotros, Dios se hace niño, pequeño, humilde y nos llama e invita a vivir en comunión con Él y con todos. Un mundo nuevo nace: un mundo de hijos de Dios, de hermanos y de servidores. Navidad es la fiesta de la nueva creación y de la humanidad renovada.

*En esta noche santa y siempre, hemos de acercarnos al portal de Belén como los pastores: quedémonos ante el Niño en silencio, en oración y en acción de gracias.

*En este día santo y siempre hemos de contemplar el misterio del Hijo de Dios que se ha hecho hombre y está con nosotros. No nos quedemos en lo externo de la Navidad; miremos más allá de lo que vemos con nuestros ojos; auxiliados y sostenidos por la gracia divina, demos un paso más para adentrarnos en el Misterio de la Navidad.

*En este día santo y siempre hemos de dar gracias a Dios porque, por puro amor y gracia, nos ha enviado a su propio Hijo para redimirnos del pecado y para hacernos hijos adoptivos suyos. ¡Señor! que durante todo el tiempo de vida que me quede, yo te diga siempre: gracias.

*En este día santo y siempre hemos de descubrir que este Niño ha entrado en el mundo por “la trasera del mundo”, “ha nacido en las periferias de Belén”. San Pablo expresó este misterio con estas palabras: Jesús “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (II Cor. 8,9). “Te bendecimos, Señor, Dios Altísimo, que te has despojado de tu rango por nosotros. Tú eres inmenso, y te has hecho pequeño; eres rico, y te has hecho pobre” (Papa Francisco Homilía, ibd.)

*En este día santo y siempre ofrezcámosle al Niño Jesús lo mejor de nosotros mismos: nuestro corazón, nuestra vida, nuestro trabajo, nuestras familias, nuestro mundo...

*En este día santo y siempre hemos de acoger a los demás perdonándonos nuestras faltas y equivocaciones: “Padre nuestro, perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Abramos nuestra alma al perdón que se nos da y regalemos el perdón a los que nos hayan ofendido. Construyamos en nuestro mundo la civilización del amor. ¡Que las armas de la guerra se caigan para siempre de las manos humanas! ¡Que se respete toda vida humana en cualquier circunstancia en que se encuentre!

*En este día santo y siempre hemos de ayudarnos y acompañarnos en nuestras necesidades y sufrimientos. No caigamos nunca en la “globalización de la indiferencia” (Papa Francisco) ante el dolor y el sufrimiento de tantos seres humanos. Nunca construyamos “la cultura del descarte”, sino que edifiquemos “la cultura del encuentro” (Papa Francisco) en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

*En este día y siempre hemos de compartir nuestros bienes con los pobres y necesitados, los refugiados y excluidos, los marginados y desamparados. “Sueño con una Iglesia pobre y para los pobres” (Papa Francisco). La caridad pastoral ha de mover a los sacerdotes a acercarnos personalmente a cada ser humano para hacerle sentir el amor redentor y salvador de Jesucristo. No nos limitemos a llenar nuestra boca con las palabras “los pobres”; hemos de buscarlos, encontrarlos, mirarles a los ojos, tocarlos, amarlos, servirlos, curarlos, sanarlos, cargar con ellos y encargarnos de ellos, anunciarles a Jesucristo “sin cuyo anuncio no hay evangelización verdadera” (Beato Pablo VI: “Evangelii Nuntiandi, 22)

NUESTRA FELICITACIÓN NAVIDEÑA

Os felicitamos la Navidad a todos, pidiendo al Niño Jesús que:

Bendiga vuestras personas y vuestros hogares

Proteja vuestras familias

Guarde vuestras Comunidades de Religiosos y de Religiosas

Aliente la vida de vuestros Monasterios

Fortalezca vuestro testimonio cristiano en el mundo

Sane las heridas del alma y del cuerpo de los enfermos y desvalidos

Nos ayude a todos a construir la paz y la concordia en este mundo donde tanta violencia existe.

Nos dé entrañas de misericordia para ayudar a los necesitados. Que la Santa Navidad de este año sea menos egoísta e insolidaria, más cristiana, más generosa y más preocupada por los pobres, los marginados y los excluidos que hay en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

Nos ilumine en los trabajos de nuestro Sínodo Diocesano

Nos dé su gracia para que nos convirtamos de veras a Cristo y podamos recibirlo en nuestra alma limpia de todo pecado

UNAS PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO

“En este día, iluminado por la esperanza evangélica que proviene de la humilde gruta de Belén, pido para todos ustedes el don navideño de la alegría y de la paz: para los niños y los ancianos, para los jóvenes y las familias, para los pobres y marginados. Que Jesús que vino a este mundo por nosotros, consuele a los que pasan por la prueba de la enfermedad y el sufrimiento y sostenga a los que se dedican al servicio de los hermanos más necesitados. ¡Feliz Navidad a todos!” (Papa Francisco, Mensaje Urbi et Orbi. Navidad 2013. Miércoles 25 de diciembre de 2013).

Terminamos. Unidos en el Señor.

Cáceres. 18 de diciembre de 2016

Florentino Muñoz Muñoz

HOMILÍA DEL PAPA FRANCISCO

MISA NOCHE BUENA – 24 DE DICIEMBRE DE 2014

«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz les brilló» (Is 9,1). «Un ángel del Señor se les presentó [a los pastores]: la gloria del Señor los envolvió de claridad» (Lc 2,9). De este modo, la liturgia de la santa noche de Navidad nos presenta el nacimiento del Salvador como luz que irrumpe y disipa la más densa oscuridad. La presencia del Señor en medio de su pueblo libera del peso de la derrota y de la tristeza de la esclavitud, e instaura el gozo y la alegría.

También nosotros, en esta noche bendita, hemos venido a la casa de Dios atravesando las tinieblas que envuelven la tierra, guiados por la llama de la fe que ilumina nuestros pasos y animados por la esperanza de encontrar la «luz grande». Abriendo nuestro corazón, tenemos también nosotros la posibilidad de contemplar el milagro de ese niño-sol que, viniendo de lo alto, ilumina el horizonte.

El origen de las tinieblas que envuelven al mundo se pierde en la noche de los tiempos. Pensemos en aquel oscuro momento en que fue cometido el primer crimen de la humanidad, cuando la mano de Caín, cegado por la envidia, hirió de muerte a su hermano Abel (cf. Gn 4,8). También el curso de los siglos ha estado marcado por la violencia, las guerras, el odio, la opresión. Pero Dios, que había puesto sus esperanzas en el hombre hecho a su imagen y semejanza, aguardaba pacientemente. Dios Esperaba. Esperó durante tanto tiempo, que quizás en un cierto momento hubiera tenido que renunciar. En cambio, no podía renunciar, no podía negarse a sí mismo (cf. 2 Tm 2,13). Por eso ha seguido esperando con paciencia ante la corrupción de los hombres y de los pueblos. La paciencia de Dios, como es difícil entender esto, la paciencia de Dios delante de nosotros.

A lo largo del camino de la historia, la luz que disipa la oscuridad nos revela que Dios es Padre y que su paciente fidelidad es más fuerte que las tinieblas y que la corrupción. En esto consiste el anuncio de la noche de Navidad. Dios no conoce los arrebatos de ira y la impaciencia; está siempre ahí, como el padre de la parábola del hijo pródigo, esperando de ver a lo lejos el retorno del hijo perdido.

Con paciencia, la paciencia de Dios.

La profecía de Isaías anuncia la aparición de una gran luz que disipa la oscuridad. Esa luz nació en Belén y fue recibida por las manos tiernas de

María, por el cariño de José, por el asombro de los pastores. Cuando los ángeles anunciaron a los pastores el nacimiento del Redentor, lo hicieron con estas palabras: «Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». La «señal» es la humildad de Dios, la humildad de Dios llevada hasta el extremo. Es el amor con el que, aquella noche, asumió nuestra fragilidad, nuestros sufrimientos, nuestras angustias, nuestros anhelos y nuestras limitaciones. El mensaje que todos esperaban, que buscaban en lo más profundo de su alma, no era otro que la ternura de Dios: Dios que nos mira con ojos llenos de afecto, que acepta nuestra miseria, Dios enamorado de nuestra pequeñez.

Esta noche santa, en la que contemplamos al Niño Jesús apenas nacido y acostado en un pesebre, nos invita a reflexionar. ¿Cómo acogemos la ternura de Dios? ¿Me dejo alcanzar por él, me dejo abrazar por él, o le impido que se acerque? «Pero si yo busco al Señor» –podríamos responder–. Sin embargo, lo más importante no es buscarlo, sino dejar que sea él quien me encuentre y me acaricie con cariño. Ésta es la pregunta que el Niño nos hace con su sola presencia: ¿permito a Dios que me quiera mucho?

Y más aún: ¿tenemos el coraje de acoger con ternura las situaciones difíciles y los problemas de quien está a nuestro lado, o bien preferimos soluciones impersonales, quizás eficaces pero sin el calor del Evangelio? ¡Cuánta necesidad de ternura tiene el mundo de hoy! La paciencia de Dios, la ternura de Dios.

La respuesta del cristiano no puede ser más que aquella que Dios da a nuestra pequeñez. La vida tiene que ser vivida con bondad, con mansedumbre. Cuando nos damos cuenta de que Dios está enamorado de nuestra pequeñez, que él mismo se hace pequeño para propiciar el encuentro con nosotros, no podemos no abrirle nuestro corazón y suplicarle: «Señor, ayúdame a ser como tú, dame la gracia de la ternura en las circunstancias más duras de la vida, concédeme la gracia de la cercanía en las necesidades de los demás, de la mansedumbre en cualquier conflicto».

Queridos hermanos y hermanas, en esta noche santa contemplemos el pesebre: allí «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande». La vio la gente sencilla, dispuesta a acoger el don de Dios. En cambio, no la vieron los arrogantes, los soberbios, los que establecen las leyes según sus propios criterios personales, los que adoptan actitudes de cerrazón. Miremos al misterio y recemos, pidiendo a la Virgen Madre: «María, muéstranos a Jesús».

HOMILÍA DEL PAPA FRANCISCO

MISA NOCHE BUENA - 24 DE DICIEMBRE DE 2015

El santo padre Francisco presidió este 24, la misa de Noche Buena en la basílica de San Pedro celebrada con gran solemnidad.

“En esta noche brilla una «luz grande» (Is 9,1); sobre nosotros resplandece la luz del nacimiento de Jesús. Qué actuales y ciertas son las palabras del profeta Isaías, que acabamos de escuchar: «Acreciste la alegría, aumentaste el gozo» (Is 9,2). Nuestro corazón estaba ya lleno de alegría mientras esperaba este momento; ahora, ese sentimiento se ha incrementado hasta rebosar, porque la promesa se ha cumplido, por fin se ha realizado. El gozo y la alegría nos aseguran que el mensaje contenido en el misterio de esta noche viene verdaderamente de Dios. No hay lugar para la duda; dejémosla a los escépticos que, interrogando sólo a la razón, no encuentran nunca la verdad. No hay sitio para la indiferencia, que se apodera del corazón de quien no sabe querer, porque tiene miedo de perder algo. La tristeza es arrojada fuera, porque el Niño Jesús es el verdadero consolador del corazón.

Hoy ha nacido el Hijo de Dios: todo cambia. El Salvador del mundo viene a compartir nuestra naturaleza humana, no estamos ya solos ni abandonados. La Virgen nos ofrece a su Hijo como principio de vida nueva. La luz verdadera viene a iluminar nuestra existencia, reclusa con frecuencia bajo la sombra del pecado. Hoy descubrimos nuevamente quiénes somos. En esta noche se nos muestra claro el camino a seguir para alcanzar la meta. Ahora tiene que cesar el miedo y el temor, porque la luz nos señala el camino hacia Belén. No podemos quedarnos inermes. No es justo que estemos parados. Tenemos que ir y ver a nuestro Salvador recostado en el pesebre. Este es el motivo del gozo y la alegría: este Niño «ha nacido *para nosotros*», «*se nos ha dado*», como anuncia Isaías (cf. 9,5). Al pueblo que desde hace dos mil años recorre todos los caminos del mundo, para que todos los hombres compartan esta alegría, se le confía la misión de dar a conocer al «Príncipe de la paz» y ser entre las naciones su instrumento eficaz.

Cuando oigamos hablar del nacimiento de Cristo, guardemos silencio y dejemos que ese Niño nos hable; grabemos en nuestro corazón sus palabras sin apartar la mirada de su rostro. Si lo tomamos en brazos y dejamos que nos abraze, nos dará la paz del corazón que no conoce ocaso. Este Niño nos enseña lo que es verdaderamente importante en nuestra vida. Nace en la pobreza del mundo, porque no hay un puesto en la posada para Él y su familia. Encuentra cobijo y amparo en un establo y viene recostado en un pesebre de animales. Y, sin embargo, de esta nada brota la luz de la gloria de

Dios. Desde aquí, comienza para los hombres de corazón sencillo el camino de la verdadera liberación y del rescate perpetuo. De este Niño, que lleva grabados en su rostro los rasgos de la bondad, de la misericordia y del amor de Dios Padre, brota para todos nosotros sus discípulos, como enseña el apóstol Pablo, el compromiso de «renunciar a la impiedad» y a las riquezas del mundo, para vivir una vida «sobria, justa y piadosa» (*Tt* 2,12).

En una sociedad frecuentemente ebria de consumo y de placeres, de abundancia y de lujo, de apariencia y de narcisismo, Él nos llama a tener un comportamiento *sobrio*, es decir, sencillo, equilibrado, lineal, capaz de entender y vivir lo que es importante. En un mundo, a menudo duro con el pecador e indulgente con el pecado, es necesario cultivar un fuerte sentido de la justicia, de la búsqueda y el poner en práctica la voluntad de Dios. Ante una cultura de la indiferencia, que con frecuencia termina por ser despiadada, nuestro estilo de vida ha de estar lleno de *piedad*, de empatía, de compasión, de misericordia, que extraemos cada día del pozo de la oración.

Que, al igual que el de los pastores de Belén, nuestros ojos se llenen de asombro y maravilla al contemplar en el Niño Jesús al Hijo de Dios. Y que, ante Él, brote de nuestros corazones la invocación: «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación» (*Sal* 85,8).